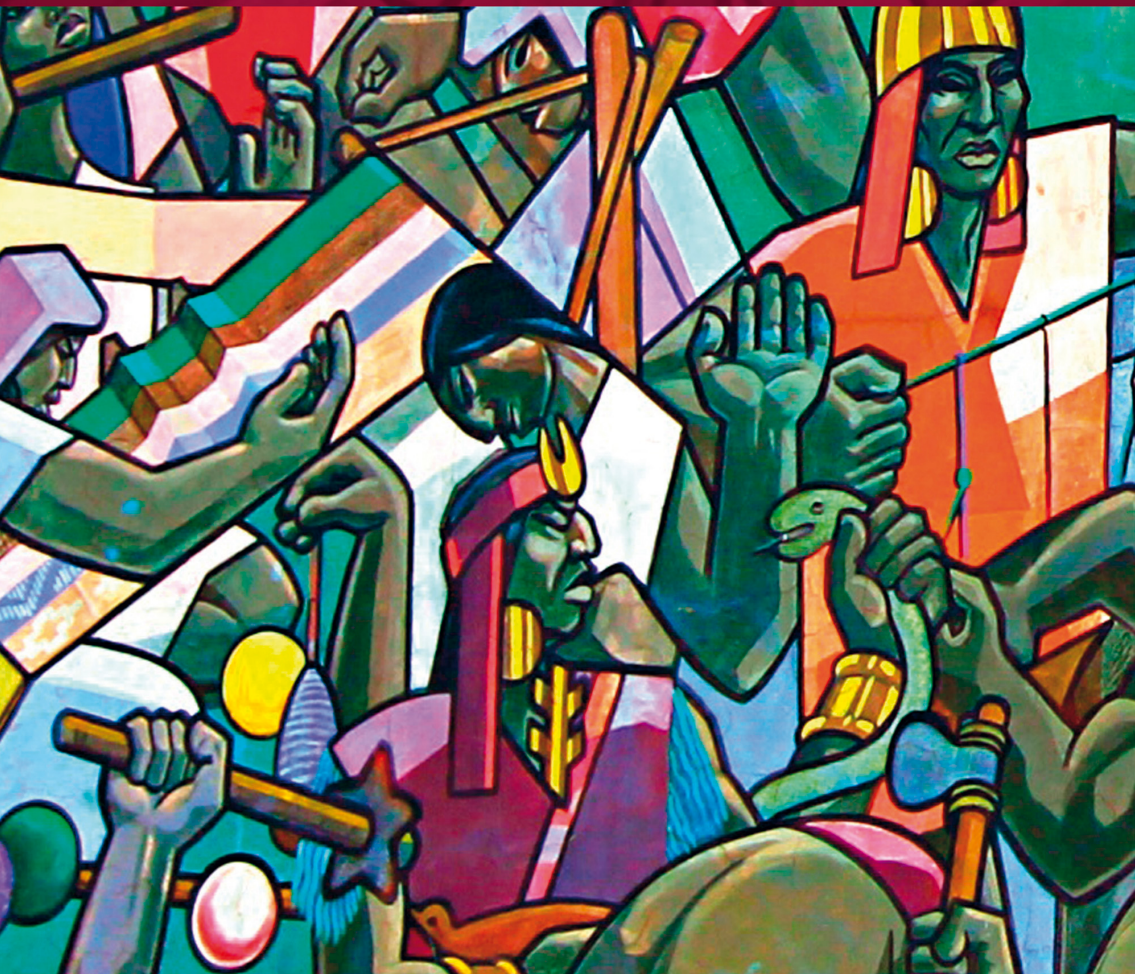


Marisa Gallego

LA REBELIÓN ANDINA DE TÚPAC AMARU



Muestra distribuida por la editorial

Índice

Introducción	9
---------------------------	----------

Capítulo 1

El Tahuantinsuyo: Imperio andino de los Incas	19
El Estado cusqueño.....	19
Las comunidades agrarias andinas	21
El Estado tributario.....	24
El dominio incaico.....	28
La caída del Tahuantinsuyo	29
La resistencia indígena	31
Túpac Amaru I y la invasión española.....	32
El Taki Ongoy	33
El noroeste argentino	35
Los caciques andinos.....	35
Las castas coloniales	37

Capítulo 2

El régimen colonial	41
La desestructuración del mundo indígena	41
Encomenderos y corregidores	43
El tributo colonial.....	47
Los <i>ayllus</i> y el régimen colonial.....	48
La explotación minera	50
El mercado interno colonial	54
Las reformas borbónicas.....	56

Capítulo 3

Túpac Amaru: la rebelión en los Andes	63
Carácter de la rebelión	63
El cacique Túpac Amaru	67
El levantamiento contra los corregidores.....	69

El ajusticiamiento del corregidor de Tinta.....	72
Las primeras campañas	75
La iglesia de Sangarará y la derrota española	79
Campaña al sur	82
El sitio de Cusco.....	83
Programa de Túpac Amaru	84
Los virreyes sofocan la rebelión.....	86

Capítulo 4

Las provincias rebeldes aimaras	89
El Collasuyo	89
La insurrección de Tomás Katari en Bolivia.....	92
El asesinato de Katari.....	95
Se generaliza la insurrección.....	98
El sitio indígena de La Paz.....	103
Radicalización del movimiento katarista	107
Los vencidos.....	111
Los indultos del virrey Jáuregui	112
La sentencia colonial	113
Consecuencias de la gran rebelión	115

A modo de conclusión.....	121
Documentos	124
Cronología del siglo XVIII	151
Cronología de la rebelión.....	151

Bibliografía	153
---------------------------	------------

Introducción

En 1780 Perú comienza a ser sacudido por la rebelión general de las poblaciones indígenas, liderada por el cacique cusqueño José Gabriel Túpac Amaru (1740-1781), y el líder aimara Túpac Katari (1750-1782). El levantamiento pronto se extendió desde Cusco hasta el Lago Titicaca, La Paz, Potosí y el noroeste argentino.

Así, tres décadas antes de las guerras de Independencia, la rebelión andina representó el desafío más importante al dominio español planteado por los pueblos originarios de Sudamérica, sacudió las estructuras del régimen colonial, e infundió temor en los centros virreinales de Lima y Buenos Aires.

La historiografía ha destacado la rebelión quechua-aimara como el primer movimiento revolucionario anticolonial de América. El estallido original en la provincia de Tinta, al sur del Cusco, encabezado por un autoproclamado Inca, terminó por barrer “desde abajo” las instituciones de poder y la erosionada legitimidad del dominio español en la región sur andina.

Una década más tarde, en 1791, estallaría la rebelión negra de esclavos en Haití, colonia francesa en el Caribe. Si la insurrección indígena de Amaru y Katari fue fallida y sofocada cruelmente por el Imperio español, la revolución haitiana alcanzó su doble propósito: la emancipación de la esclavitud y la independencia del colonialismo francés en 1804. Ambas constituyen los acontecimientos más importantes de la historia social latinoamericana a fines del período colonial.

Sin embargo, desde el punto de vista histórico, la rebelión de Túpac Amaru comenzó a valorarse muy tardíamente. Durante el siglo XIX el denominador común fue la invisibilización en todas las narrativas de la historia oficial, institucionalizada por las repúblicas conservadoras de Perú y Bolivia, que mantuvieron intacta la herencia colonial. Así, al fundarse en 1825 la República de Bolivia sobre la base de la antigua jurisdicción de la Audiencia de Charcas, la dominación de las élites blancas permitió conservar sus derechos sobre la tierra y sobre el indio. Y a lo largo del siglo XIX esta minoría

blanca y mestiza, mantuvo la colonialidad del poder, las distinciones de casta e impuso la segunda servidumbre indígena.

De este modo, en las repúblicas liberales del siglo XIX, las élites gobernantes relegaron al olvido la tradición rebelde tupacamara y katarista.

Hasta el siglo XX la rebelión indígena no fue suficientemente valorada como acontecimiento político y social de la historia colonial, ni como precursora de los movimientos criollos, que treinta años después imponen la ruptura definitiva con España.

La rebelión de Amaru fue redescubierta por la ensayística indigenista peruana, y comenzó a formar parte de la genealogía de la nación, postulando el nativismo inca como el origen del nacionalismo peruano. Así, al cumplirse el bicentenario de la rebelión en 1980, la insurrección andina también despertó el interés de los historiadores, fundamentalmente en Perú.

En las décadas de 1970 y 1980, los nuevos enfoques de la historiografía académica, el desarrollo de la historia social, la historia “desde abajo”, la etnohistoria, los estudios subalternos y poscoloniales, así como las investigaciones en el campo de las rebeliones campesinas, abrieron distintos debates y posiciones interpretativas sobre la rebelión indígena del siglo XVIII en un contexto colonial.

En el siglo XXI y en el marco del Bicentenario de las Revoluciones de Independencia, surgió un renovado interés historiográfico, que en el caso de la República de Bolivia pareció acompañar una nueva agenda política de impugnación del dominio de la élite blanca-criolla. Los debates sobre el racismo y la subordinación de los sectores indígenas y mestizos permitieron una reelaboración de la memoria histórica con resonancias en las grandes movilizaciones indígenas y campesinas que llevaron a Evo Morales a la presidencia de ese país. Así, tuvo lugar una interesante resignificación política del ciclo de rebelión andina y del movimiento de Túpac Katari, que venían a legitimar las acciones colectivas del presente¹.

¹ Álvaro García Linera (2008), René Zavaleta Mercado (2011) y Silvia Rivera Cusicanqui (2010) reflexionan sobre las continuidades en los patrones de dominación (colonial y republicana) por parte de las élites blancas en Bolivia. La amplia movilización indígena y campesina que llevó

El escenario geográfico de la rebelión tupacamara abarcó una amplia región del sur andino, que en tiempos de la dominación incaica se denominaba Collasuyo.

En Bolivia, la movilización indígena precedió a la del Perú con la aparición y el protagonismo de liderazgos locales, los hermanos Katari o Catari. Allí el movimiento adquirió una autonomía y una violencia anti-blanca inusitada y se extendió durante un año luego de la captura de Túpac Amaru, con una secuela de gran destrucción: el saqueo de haciendas y propiedades coloniales, el incendio de iglesias, poblados y matanza de españoles.

Esta radicalización en la zona aimara desafió a los sectores blancos que vieron con temor “el enfrentamiento de castas” y el peligro de la revolución social.

Así los movimientos insurreccionales dirigidos por Amaru y Katari transformaron el panorama político colonial y en el altiplano boliviano tuvieron su fase más violenta y amarga.

Por su amplia extensión, la rebelión puede entenderse como una serie de levantamientos indígenas regionales que adquirieron una dinámica propia:

- la insurrección en el sur peruano, en la región de Cusco, liderada por Túpac Amaru;
- el alzamiento en el norte de Potosí de los hermanos Tomás, Nicolás y Dámaso Katari;
- el levantamiento radicalizado de las comunidades aimaras en la región de La Paz, acaudilladas por Julián Apaza o Túpac Katari (katarismo), y
- la movilización de las reducciones tobas y de los maticos en Jujuy.

En sus inicios e invocando la autoridad de la Corona española, Túpac Amaru buscó corregir los abusos de los corregidores (autoridades de las provincias encargadas de recaudar el tributo

indígena), y solicitar reformas para las comunidades de su cacicazgo, fundamentalmente la eximición del servicio laboral en las minas de Potosí. Pero rápidamente el movimiento se extendió hacia los cambios sociales más profundos. Más aún, la amplia movilización indígena en el altiplano boliviano derivó en la temida y radicalizada “guerra de castas” no solo contra los españoles, sino también contra los sectores criollos y miembros de la Iglesia.

Por entonces, la preocupación central del virrey del Perú Agustín de Jáuregui (1712-1784) y del visitador José Antonio de Areche (1731-1789), enviado del rey español Carlos III (1716-1788), giraba en torno a la inspección de los virreinos a los fines de realizar un nuevo censo tributario y reformas fiscales. Así, la insurrección indígena echó por tierra y en forma inesperada la política reformista y modernizadora del Imperio colonial que se habían forjado los reyes Borbones.

La Corona española tuvo que enfrentar la gran rebelión indígena en un nuevo contexto de guerra con Gran Bretaña, potencia que ostentaba la hegemonía atlántica y pugnaba por abrir los mercados y colonias americanas a sus productos.

La historiografía ha destacado al movimiento tupacamaro del siglo XVIII como parte de una larga tradición de lucha social y resistencia en los Andes contra la imposición del dominio colonial². En efecto, los pueblos andinos, asentados sobre antiguos lazos comunitarios de solidaridad, expresaron su oposición y resistencia desde el primer momento de la invasión española al Perú.

En el capítulo 1, además de caracterizar la estructura social y económica del Imperio de los Incas, se aborda este protagonismo de los actores indígenas y la tradición de resistencia de las comunidades étnicas andinas.

Así, desde el siglo XVI, el proceso de conquista, la caída del Tahuantinsuyo y la estructuración de un nuevo orden colonial

² Véanse Wachtel, Nathan (1976): *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española*. Madrid, Alianza. Lorandi, Ana María (1997): “La utopía andina en las fronteras del Imperio”. En: Lorandi, Ana María (comp.): *El Tucumán colonial y Charcas*. Universidad de Buenos Aires (UBA). Stern, Steve (1982): “El Taki Ongoy y la sociedad andina. (Huamanga, siglo XVI)”. *Allpanchis*, Cusco, año XVI, N° 19. Serulnikov, Sergio (2010): *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*. Buenos Aires, Sudamericana.

desencadenaron importantes conflictos. Frente al impacto inicial y al traumatismo de la conquista, que en Perú se extiende hasta 1572, las poblaciones indígenas aparecen protagonizando colectivamente opciones, desde la búsqueda de alianzas con los españoles por parte de algunos grupos y élites étnicas³, hasta las expresiones de resistencia, como fueron el gobierno inca en el exilio de Vilcabamba⁴ (refugio de los últimos Incas después de la caída del Cusco), el movimiento Taki Ongoy⁵, o los levantamientos calchaquíes del actual territorio argentino.

En las proclamas del siglo XVIII el cacique José Gabriel Túpac Amaru se declaró descendiente legítimo del último Inca rebelde, ejecutado en 1572 por el virrey español Francisco de Toledo (1516-1582).

Pero tan importante como su genealogía noble y su apelación al gobierno paternal de los Incas es la visión tupacamara de un orden colonial roto por los abusos de las malas autoridades en los corregimientos andinos. Así la tiranía de los corregidores significó una verdadera ruptura del “pacto original” entre las comunidades étnicas rurales y el régimen español, fundado en el pago del tributo indígena a la Corona.

En consecuencia, la rebelión fue expresión de un largo y renovado conflicto entre las comunidades indígenas, sus cacicazgos (como el que ejercía Túpac Amaru en la provincia de Tinta), y las autoridades del Estado colonial tardío.

De ahí la elección de los corregidores como las primeras víctimas de la insurrección, por la injerencia directa de este funcionario en la vida y explotación de las comunidades agrarias.

Como veremos en el capítulo 2, el corregidor era parte de las relaciones de poder en el régimen español y un personaje clave en el sometimiento del sector indígena en su papel de proveedor de mano de obra a la economía colonial.

³ Los huancas colaboraron con Pizarro en la conquista de Cusco.

⁴ El Estado neoinca representó la resistencia político-militar de la élite cusqueña, que se extendió entre 1536-1572. Gobernaron cuatro Incas fuera de Cusco hasta la captura de Túpac Amaru I.

⁵ El Taki Ongoy fue una expresión de resistencia indígena de carácter religioso, producto del choque cultural que significó la evangelización en la sierra peruana.

Los capítulos 3 y 4 desarrollan las causas que propician el proceso de insurrección de Amaru y Katari, introduciendo algunas posiciones historiográficas para su interpretación.

Sin duda, la causa fundamental del malestar indígena fue el servicio obligatorio en las minas de Potosí, bajo condiciones de trabajo terribles y una alta mortandad. El reclutamiento afectó fuertemente a las provincias del Collasuyo, región económicamente estratégica y núcleo demográfico con mayoría indígena y mestiza, en el que estallaría la rebelión.

Ya en 1777 Túpac Amaru había solicitado a las autoridades de la Real Audiencia de Lima la liberación del servicio en las minas para los indios tributarios de su cacicazgo en Tinta.

De los múltiples mecanismos de opresión colonial el trabajo obligatorio en Potosí resultó un fuerte factor desestructurante para las comunidades andinas. En 1570 el virrey del Perú Francisco Toledo estableció el sistema de la mita, que ya existía en tiempos del Inca, pero extendiéndola y sujetándola a los intereses de la nueva economía colonial. Este servicio por turnos afectó a dieciséis provincias del Virreinato del Perú, causando un drástico descenso demográfico en las poblaciones indígenas, superior incluso al primer impacto provocado por la conquista española a comienzos del siglo XVI.

También existieron otras causas de descontento como la situación de explotación de los indios en los obrajes textiles coloniales.

A estas causas profundas se sumaron, en la segunda mitad del siglo XVIII, el impacto de las reformas borbónicas implementadas por el rey Carlos III, que introdujeron distorsiones en los circuitos mercantiles del espacio colonial andino, y agravaron el malestar de los sectores indígenas y sus cacicazgos.

El aumento de los impuestos coloniales a las ventas (la alcabala) que ahora los indios debían pagar por el aguardiente y la coca, el incremento del tributo indígena y el establecimiento de nuevas aduanas internas en Arequipa y en La Paz, representaron nuevas cargas para las comunidades étnicas.

Entre las medidas renovadoras, una de las más importantes fue la creación del Virreinato del Río de La Plata en 1776. Esta medida

administrativa amputaba los territorios del Virreinato del Perú, de modo que el centro minero de Potosí y la ciudad de Charcas (actual Sucre) pasaron a la jurisdicción del nuevo virreinato.

Así las insurrecciones indígenas se desarrollaron en ambas jurisdicciones coloniales y fueron precursoras de las luchas por la independencia que pocos años después lideraron los sectores criollos en México, Bolivia y el Río de La Plata.

Sin embargo, como ha señalado la historiografía, el temor a la revolución social provocado por la gran rebelión de 1780-1782, inhibió por una década los movimientos independentistas en Perú. El miedo latente a la movilización de las masas indígenas y el espectro del cacique cusqueño obraron a favor de la pasividad de los sectores criollos en Lima y en la sierra peruana.

Durante las guerras de Independencia la élite criolla peruana mantuvo sus vínculos de solidaridad e intereses con la burocracia española, reforzada por lazos de matrimonio, de amistad y clientela. Esta élite urbana preservó su lealtad al orden político colonial. La ciudad de Lima continuó sujeta a España y sostuvo al virrey, mientras que en 1809 y 1810 este mismo sector criollo encabezaba los movimientos de emancipación en el Virreinato del Río de La Plata con la constitución de juntas locales separatistas en Chuquisaca, La Paz y Buenos Aires.

En Bolivia, escenario de la revolución de Túpac Katari, las poblaciones indígenas se sumaron a la causa revolucionaria de 1810 y se unieron a los ejércitos libertadores que subían desde Río de La Plata.

Por fin, el programa liberal e indigenista de la Revolución de Mayo concretó las demandas de la insurrección tupacamara liberando a los indios de la mita potosina, del tributo y del servicio personal.

Los pueblos del sur andino recibieron al representante de la Primera Junta de Buenos Aires Juan José Castelli (1754-1812), quien fiel a los postulados igualitarios declaró a los indios iguales ante la ley y rindió homenaje a los Incas en la Puerta del Sol, el sitio sagrado de Tiahuanaco, en la cuenca del Lago Titicaca⁶.

⁶ Martínez Sarasola, Carlos (2006): "El Mayo Indígena". En: *Libertad, muera el tirano*. Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

Más tarde el linaje cusqueño de Túpac Amaru fue mencionado en el himno nacional argentino y reivindicado en el Congreso de las Provincias Unidas reunido en Tucumán por el representante Manuel Belgrano (1770-1820), al proponer como gobierno la forma monárquica y la legitimidad de la Casa de los Incas para gobernar. También el sol incaico fue el símbolo de la primera moneda acuñada en 1813, cuando el Ejército del Norte conducido por Belgrano ocupó la Casa de la Moneda de Potosí.

Durante las guerras de Independencia los pueblos indígenas del sur andino sufrieron un nuevo “escarmiento” de los ejércitos españoles. Como en 1780 contra Túpac Amaru, el virrey de Lima dispuso el envío de tropas para sofocar la revolución y las expediciones enviadas por la Primera Junta porteña.

Las regiones del sur peruano y el altiplano boliviano (escenarios de la gran insurrección indígena del siglo XVIII) fueron liberadas definitivamente por la intervención de los ejércitos americanos de José de San Martín (1778-1850) y Simón Bolívar (1783-1830), que en la Batalla de Ayacucho lograron la caída del último virrey del Perú en 1824.

Sin embargo, como ha señalado David Viñas, el clima de los textos independentistas y las letras de los himnos patrióticos, así como las medidas revolucionarias de supresión del tributo indígena, la derogación de la mita, y el servicio personal decretadas por los criollos, fueron concesiones coyunturales del movimiento independentista (Bolívar hizo lo propio en Bolivia), pero muy pronto este ímpetu indigenista fue anulado por los regímenes oligárquicos latinoamericanos del siglo XIX⁷.

Respecto a la ideología emancipadora, las ideas expresadas en las proclamas y demandas de Túpac Amaru se vinculan al renacimiento de la cultura incaica, que floreció en el Cusco en la segunda mitad del siglo XVIII. Doscientos cincuenta años después de la conquista tuvo lugar en esta ciudad un movimiento nativista que

⁷ Viñas, David (1982): *Indios, ejército y frontera*. México, Siglo XXI. Así, a mediados del siglo XIX la combinación de campañas militares contra territorios indígenas y la restauración de formas despiadadas de sometimiento y etnocidio fueron el denominador común en las repúblicas latinoamericanas, proceso que Viñas califica como movimiento de “colonialismo interno”.

enaltecía los tiempos del Inca, sus símbolos y tradiciones. La idea de un nuevo Inca liberador permitió el despertar político del sector letrado indígena, es decir el de los caciques de linaje y la nobleza cusqueña a la que pertenecía Túpac Amaru.

Estos caciques recuperaron el culto al Inca, el uso de sus vestimentas, las antiguas insignias de poder y la lectura de obras de amplia circulación como los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, que fue considerada por los españoles como un estímulo de la rebelión⁸.

Así, la ideología neoinca movilizó a las comunidades andinas contra el dominio colonial que resultó antagónico al sistema social del Tahuantisuyo.

⁸ El Inca Garcilaso de la Vega, cronista mestizo, defendió la grandeza y esplendor del imperio de los Incas bautizando a esta época como la “edad de oro de los pueblos andinos”. Su famosa obra se publicó en 1609 y se tradujo al inglés y francés durante el siglo XVII, siendo en la actualidad uno de los clásicos más importantes de la literatura latinoamericana colonial.